

# FENÓMENOS para ANORMALES

JEZABEL  
MONTENEGRO



cuatr\*hojas

# Fenómenos para anormales

**JEZABEL MONTENEGRO**

*A mi padre.*

Autora: Jezabel Montenegro

Ilustraciones: Jezabel Montenegro

© 1603056792609

Isbn: 978-84-944607-5-3

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

Editorial Cuatro Hojas

Editorialcuatrohojas.com / [info@editorialcuatrohojas.com](mailto:info@editorialcuatrohojas.com)

jezabelmontenegro@gmail.com

Facebook: <https://www.facebook.com/Fen%C3%B3menos-para-Anormales-1672710499663344/>

## Índice

|                             |    |
|-----------------------------|----|
| Conjuros irreverentes       | 4  |
| Diario de una decadencia    | 42 |
| Tragicomedia de los objetos | 66 |



# CONJUROS

*irreverentes*



# Blancanieves

Blancanieves entra por la puerta de servicio. Con naturalidad, como quien sube a casa a mediodía con la barra de pan mordisqueada. La entrada principal es para uso exclusivo de su imagen perfecta, lo que representa, y ella se ha cortado el pelo estilo militar en un arranque meditado de rebeldía.

Aun así, se le sigue notando la ñoñería, el parpadeo intenso, los gestos de princesa y ese rojo vampiresa tatuado en los labios. Pero solo en las distancias cortas, cuando ya ha traspasado el umbral, y una vez dentro, bueno, vale, quédate, ni fu ni fa.

A dos centímetros de cabello por mes, calcula un buen puñado de madrugadas, detrás de diversas ventanas, con alientos en la nuca que no saben a nada. Un poco de anonimato, pasar sin promesas el rato, envuelta en silencios que a nadie ofenden, descansando los músculos que sostienen esa sonrisa perenne.

Ya volverá al trabajo de protagonista, ejerciendo de madre, amiga, esposa y amante en los periodos vacacionales, llenando los sueños de besos con punta, que se claven.

Blancanieves



## SE BUSCA

Voluntaria, para la parte gráfica de sexo explícito que completa el prácticum sobre el lumpen, realizado por el negro de Alcobendas, a petición de la religiosa María, y que debe ser entregado a primeros de septiembre, persiguiendo un sobresaliente y fuga posterior.



## El patata

**E**ra su vida, bálsamo, alimento, por quien olvidaba la melancolía de las nubes, el hada de sus horas muertas, un regalo. Las vivas, una llama.

Ella dejó frío su lado de la cama y al día siguiente, él prefirió dormir en el techo, colgado de una cuerda a la lámpara.



## La nenita

Seduca a mujeres, hombres y niños, listos, tontos, santos e hijos de puta, animales, sueños y a su misma sombra. Huele a truco. A trampas misteriosas. Chute de vida y risa eterna. Se encuentra a salvo, siempre habrá alguien que se enganche al aura de sus bragas.

Es imposible rozarla sin sentir, entrar en su coño y no desearla el resto de la vida. Desprecia todo lo que conquista, cualquier capricho que respire, cualquier cosa donde pose la vista.

La nenita no soporta su perfección, sabe que nació sola y morirá sola.



## Amor psicotrópico

Nos queríamos tanto.

Él conducía, yo le abrazaba.

Vomitó la ensalada  
sobre su camisa de diseño.

Mi amor, ardes.

Y tú te diluyes.

Era el momento de un segundo éxtasis.





## Gallinita ciega

*Gallinita ciega, ¿qué se te ha perdido?*

*Una aguja y un dedal.*

*Pues da tres vueltitas y lo encontrarás.*

-Es que no veo.

-De eso se trata, busca donde te diga.

-Quítame la venda, yo me valgo.

-Camina dos pasos. ¡Ahora para! Gira treinta grados.  
No me estás haciendo caso.

-Prefiero guiarme por el ojo que siempre guardo en la  
manga.

-Solo a ciegas o no tendrás premio.

-Dime cual es, no sé si me interesa.

-Eso o nada, confía en mí.

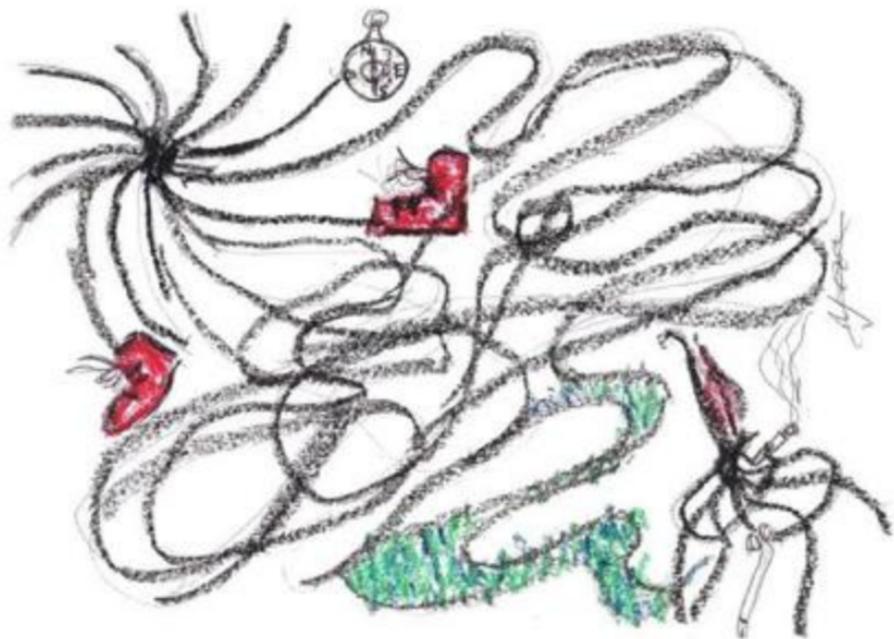
-¿Confianza ciega? No. Que otra remiende los agujeros  
de tus carencias.



## Hombre Araña

Le veo escupir miedo y tejer con él toscos hilos con los que defender su fingida fortaleza, espera verme tropezar en ellos y escuchar los cascabeles que descubran la dirección de mis pasos.

Mira hacia arriba, infeliz, soy esa sombra que te cobija, bajo la que habitas.





## La rata

Una puerta se abre, otra se cierra y escupe un portazo.

Oculto en los cimientos, los ojos muy abiertos, pierde el compás de los sonidos. Vuelve a empezar, contando los pasos de algún lugar.

La misma canción repetida envuelve los síntomas del fin del mundo, que se derrumba en aparente silencio y ya no hay nada, solo viento.

Es entonces cuando la hija de puta se llena de aire, relaja la nuca, trepa los escombros y pasea, solitaria y tranquila, entre los restos.

# Tango

Fui yo la que entró a hurtadillas y bajó el volumen, pero dejando el suficiente rastro. Me acosté envuelta en tu música como algo mío y solo mío, hasta que ha sonado un tango. Señor, qué tango. He tenido que levantarme y encender un cigarro para decirte, sin poder esperar a mañana, algo que sé con certeza, gracias a la intuición que me exime de las demostraciones: las sirenas y las bellas durmientes son el mismo ser solitario. Y de sueños bajo el agua me alimento.

Amor, vuelve a dormirte.





## Una maleta

Sonríe, o eso parece, mientras se retuerce una ceja, pose resultante de la acumulación de viajes envenenados por heroína de esquina y plata de los chinos. Gana al ajedrez, compone canciones de dos acordes a camareras desconocidas y ocupa casas con sábanas ajenas y toallas en su sitio.

*Mi vida cabe en una maleta.*

Pero allí donde se planta, germinan toneladas de mierda desordenada regada con espacio vital, florecen sombras y huellas de barro rastreras y arrastradas, a la hora de fregar.

*Mi vida cabe en una maleta.*

Aumentando el volumen claustrofóbico de chantaje emocional, en busca de ovación y admiración de quien sufre sus verdades enterradas y esos míseros polvos opiáceos.

*Mi vida cabe en una maleta.*

Deja tras de sí sobres de sopa de letras ilegibles y un intenso olor a cerrado. Quédate lo robado.



## Cuento de la princesa flores negras

Enterrada en un ataúd tamaño niño y tonos tierra, porque es menuda y discreta, además de princesa.

Como allí no cabe la muerte, ni aire que la desgaste, aprieta las horas, el pelo, las uñas, el miedo, y suelta el rastrillo de las pestañas, rasgando la tapa por donde escapa, llenando el hueco con su forma abandonada dentro del vestido. En ese instante desnudo, se hace música.



## Ojalá me perdones

Los silencios,  
las carencias,  
los hilos,  
las erecciones,  
el tiempo que robas,  
el tiempo que das,  
el tiempo que robo,

el tiempo que doy,  
la risa,  
la paciencia,  
el mar abierto,  
sin tópicos,  
sin exhibiciones.



## Mandrágora

Cada otoño se muere un poco y no sabe por qué.

Busca en todas las enciclopedias,  
en los libros de medicina,  
en cada uno de sus actos y sus huecos,  
la biblia,  
historias de vampiros  
y en la interpretación de los sueños.

Desnuda de identidad, cada otoño penetra más profunda en la humedad de la tierra, podrida de atropina y oscuridad, alimentándose de barro y semen de condenados.

Se ha convertido en raíz y no se da cuenta, cada otoño más tóxica, más dañina y más certera, mujer mandrágora.



## Domingos asesinos

Dos tenedores sucios, uno de quita, otro de pon.

*¿Tuvo más alguna vez? algo tuvo, alguna vez.*

Se han marchado despistados en la bolsa de basura,  
como las cucharas pequeñas dentro de yogures  
vacíos.

*¿Tuvo vida alguna vez? Algo tuvo, alguna vez.*



## Cuento incontable

Papá Mortero carga un saco inmenso de sustos, ahogando el quejido de otros miedos. La niña Angustia se calma un poco, al sentirse más pequeña. Solo se escucha un tacatá de insectos negros, marcando el dolor en el tiempo, siete días.

Comienza entonces un cuento sin olvido, aun si caen las palabras con el tiempo. A pesar del respeto al código de no mirarse, son monstruos acompañando a monstruos, pesadillas que bailan en el centro del vórtice.





## Besería



-Besos sin respuesta no me quedan.

-¿Y van a traer?

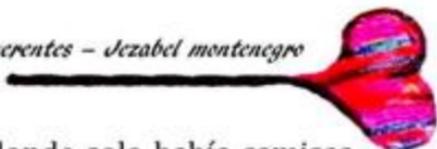
-De los auténticos no, te lo digo porque eres cliente de toda la vida e ibas a notar la diferencia, pero en unos días me llega una partida desde China de labios que, si no fuese por una leve mueca en la comisura izquierda como amago de sonrisa, podría decirse que ni existen.

-¿Insípidos?

-Insípidos, insípidos... Son una imitación, algo de dulzor siempre van a tener, por eso cuestan la mitad.

-No me interesan. Los besos dulces que esbozan sonrisas me dejan la temperatura corporal por debajo de la media.

-Ponte calcetines. O vive a pelo, ahora que es verano.



Ya lo hice en aquel lugar donde solo había camisas de once varas y no me compensa. Haz un pedido de auténticos besos sin respuesta, pagaré lo que me pidas.

-Quieres un imposible, porque no es cuestión de dinero, sino de sadismo.

-Puedo arrancarme los ojos aquí mismo, uno detrás del otro.

-No me interesa el dolor de tus cuencas vacías, cuando puedo disfrutar de cómo tu corazón se reduce poco a poco de tamaño por falta de riego.

-Has decidido entonces ser el verdugo de mi necesidad y matarme de hambre.

-No tengo tiempo de asistir a tu entierro.

-Moriré aunque no me mires.

-Eso nunca. Llévate unos pocos besos con respuesta, cortesía de la casa.

-Agradezco tu mala intención pero no puedo, están agusanados de mentiras.

-Pruébalos por una vez, no soy tu madrastra, mi maldad es impersonal.

-Lo siento, gracias, pero no puedo.

-Y yo no tengo todo el día. Siguiendo.



## Tablas

El **rey** y la **reina** llevan horas dando saltitos en el centro del tablero, por si acaso los fulminan en las fronteras. Los soldados rasos han muerto de acuerdo a las reglas, meriendan bocadillos de pan con pan y leen tebeos a pie de alambrada mientras vigilan el cielo. Está el día nublado y, como buenos súbditos, protegen a la cruz y consorte, dianas en campo abierto si lloviesen rayos, truenos y centellas. Las piezas intermedias se marcharon hace rato haciendo un corte de mangas, el único recurso que les queda tras revisar el contrato verbal con unos jefes traidores que no han tenido reparo en sacrificarlos a culetazos. Que os parta un rayo, piensan nada más, los subalternos carecen de voz.

El **rey** y la **reina**, casi rozándose, hablan bajito.

**reina:**

Tu error es creer que me interesas por algo más que ser un apéndice del poder.

**rey:**

Pues cómeme el nabo mi reina, algo le llegará.



**Reina:**

Solo en funciones, no quiero alejarme y arruinar el juego. Pero si lo pones tan fácil, me hago invisible.

**Rey:**

Cuando te lo pongo difícil, también. Eso no es más que una excusa, cobarde.

**Reina:**

Solo contigo.

**Rey:**

Eso se lo dirás a todos.

**Reina:**

Puedo inclinarme, de lejos parecerá una rendición, si me prometes la revancha.

El **Rey**, traicionero, no dice nada.



## Españoles

El payaso tonto tiene hambre porque el payaso listo le roba las aceitunas. Ja. Ja. Ja. Me encanta este número del Gran Circo Del Mundo en el que los glotones me comen la polla y los hambrientos también, recostado en mi butaca preferente, esperando la muerte, bien por un ataque de risa, bien por un jaque al rey.



## Heroína

Al otro lado no hay mujeres bonitas ni amigos del alma. No existen momentos felices ni desconsuelos que te recuerden que estás vivo. Porque no hay otro lado. Esta vida es solo de una cara, sin envés pálido que nos proteja.

A veinte metros de altura sobre un columpio, tras dos vueltas en el aire, tu única opción está en la mano que asoma del otro columpio. O fundido en negro. Es así de simple.

Sal de ese puto agujero, deja de beberte el masoquismo y lloriquear como un niño, afronta sacando pecho que a veces el destino está en manos de otro, échale huevos y confía.

*Solo cien euritos, la semana que viene te los devuelvo.*



PERO MÃS @  
TAIS TE ES  
NO TENER PORROS

## Punk sagrado

Virgen de los cristales  
hoy no me maquillo,  
lengua de San Miguel,  
virgo resentido.  
Éxtasis líquido  
debajo del manto,  
fluido curativo.

¡Ah!

Ponme un piso,  
llamas bailarinas,  
un altar santo.  
Arrodíllate,

dame pasión,  
desabrocha la fe,  
evangelízame.

¡Ah!

Nubes manchadas  
de rojo en el techo,  
virgen de los cristales,  
un poco de *rimmel*  
en las ventanas  
y confesión.

¡Ah!



# Te veo cada vez que parpadeo

Como un tatuaje en la niña, un fognazo de luz, un fognazo en la niña o un tatuaje de luz, una cicatriz blanca de cartabón en los ojos.

Vuelvo y te veo, no te veo, duermo, despierto y te veo.

En los ratos de agujeros de fumeta en el pijama, retengo el pestañeo y descanso la vista, mientras te disipas en algún punto del aire.

Vuelvo y te veo, no te veo, duermo, despierto y te veo.

Entre cientos de luminosos, tú, busco en la guía un especialista de urgencia en medicina ocular.

Vuelvo y te veo, no llamo, duermo, despierto y llamo.



## Sequía

Fuegos artificiales en la ciudad de las bombas que no explotan, para compensar (debimos saltar y arder en el minúsculo posible del casi imposible).

No recordaba cuán profundos eran los pozos a cada lado de mi cara. Si rodasen los cantos que dejo caer buscando el eco que anuncia el fondo, me habría dado cuenta. Seré hueca, luego hueca y después hueca o estoy llena de piedras silenciosas.

Parece que la lluvia escasea, se le ha ido la mano al tiempo de bonanza. Pero huele a humedad y juro que no es mía.



## Amapola

Aumentan los grados, abre una rendija y  
huele a viejo.

Se olfatea, no es suyo, vendrá de fuera hacia  
dentro.

Debe ser el mundo que apesta y ella,  
una amapola en crisis de coño prieto.





## Letra pequeña

Son otra **cosa**  
las **palabras** mayores.  
Ella sólo escupe **letras**  
cuando la *vida* le aprieta  
como un **pellizco** de tanga  
en los labios **menores**.



## Circunstancias

Si ocurriese una catástrofe natural,  
cazaría mamuts para ti y repoblaríamos la tierra.

Si estallase un tubo de ensayo con virus asesinos,  
sería los jirones de piel que te mantienen con vida.

En un día húmedo y negro de tiempo detenido,  
donde chilla como una rata el ascensor fantasma,  
solo puedo templar tu médula, desde la nuca hasta  
el agujero del culo. Quizá mañana.

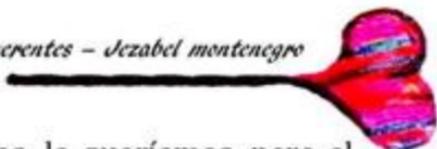


## El lobo

Escapábamos de circunstancias difíciles. Nuestros padres quedaban atrás, guardando una casa sin esperanza. No sé a qué lugar nos enviaban, supongo que a uno mejor. Éramos muy jóvenes, mi hermana y yo, de unos nueve años, limpias, bien vestidas. Nos acompañaba un cochero de bastante edad. Aquel hombre de pelo blanco y aspecto cuidado, era el responsable de los dos caballos, el pequeño carruaje y todo lo que contenía, maletas, niñas, algunos juguetes, comida.

Nos pesaban las horas de camino estrecho, solitario y polvoriento, caluroso, sin paisaje al que entregarse, salvo algún árbol retorcido y sediento, huérfano y tan gris como las piedras que nos hacían saltar. Paramos a comer en mitad de aquel pedregal, por hacer algo. El cochero puso una manta en el suelo. Sacaba del interior del carro una cesta con comida reseca, de esa que se hace bolo, cuando se quedó muy quieto, mirando hacia el horizonte.

Lejos, a la derecha, algo distorsionado por las llamas del sol, observando con la misma atención que nosotros y las fauces abiertas, un lobo. A pesar de la distancia, percibíamos los jadeos ondulados de su larga y rosada lengua y el brillo de los colmillos.



Lo queríamos, lo queríamos, lo queríamos, pero el cochero nos asustó: se comerá a tu hermana, luego a ti, matará a los caballos, les beberá las tripas y a mí me dejará por viejo, para que muera de hambre y de sed, solo.

El lobo no se iba. Cada vez estaba más cerca. Nadie hablaba. Entonces le escuchamos llorar, como hacían los perros en nuestra antigua casa. No era tan grande. Tenía el pelo grisáceo y muy bonito, doblaba las patas delanteras y hundía su hocico entre las piedras ardientes. Lo acaricié, él a mí, era tan suave. Agotado, se quedó dormido a la sombra del carro.

Lo queremos, lo queremos, lo queremos.

Os comerá.

Le damos pan.

Está seco, no le gustará.

Lo mojamos.

Primero a tu hermana.

Se lo doy a trocitos y le dura más.

Luego a ti.

Y así, discutiendo en voz baja para no despertarlo, continuamos la marcha.



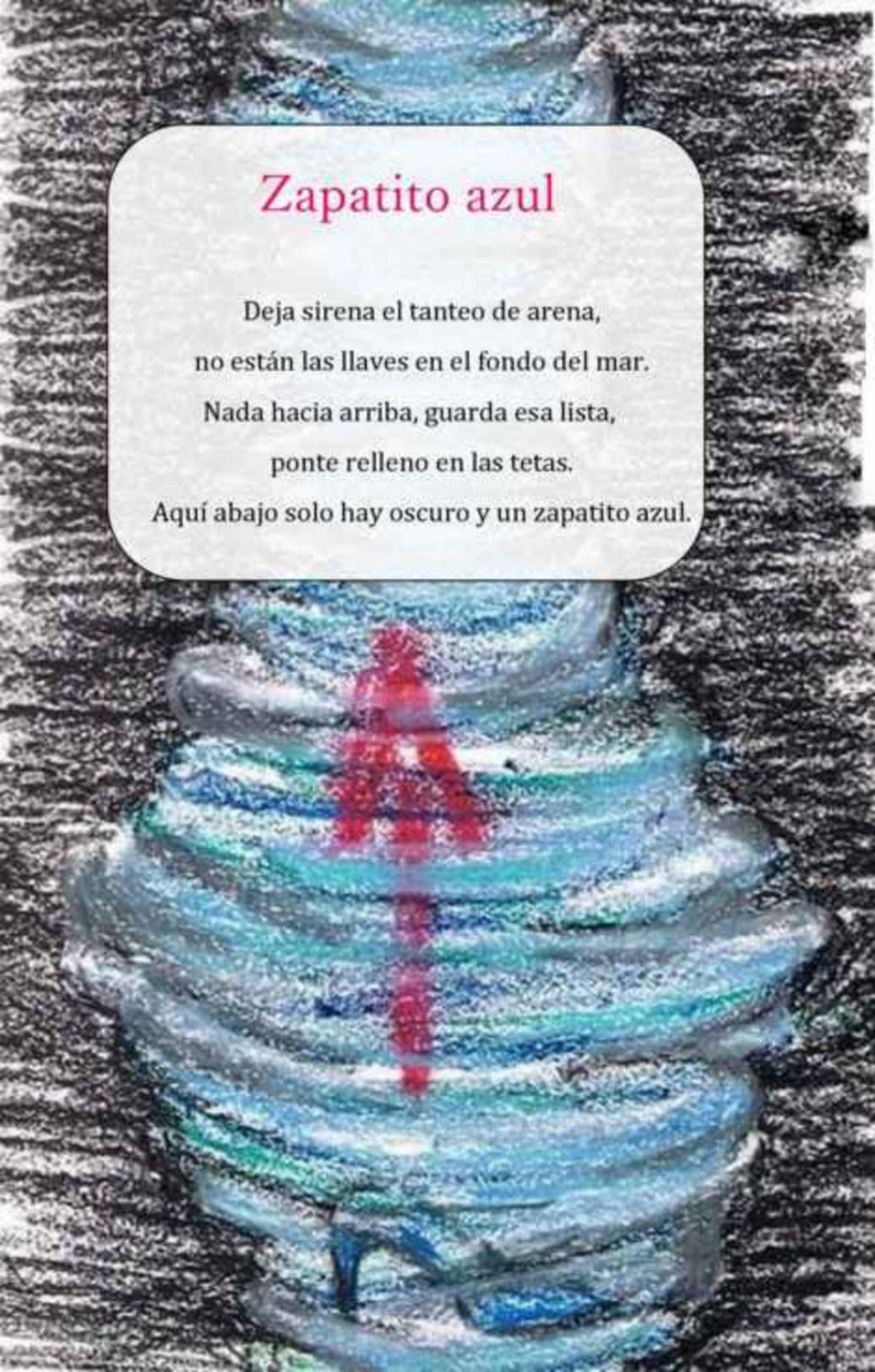
## Trapos sucios

Una lavandería en cada barrio, dos si el barrio es grande. De esas que lavan y secan la colada con un olor estupendo por una moneda, también las mantas empapadas en sangre tras una muerte violenta. Cosas que pasan hasta en los mejores barrios.

En una bolsa llevas las bragas sucias, la alfombrita del baño, el antifaz, un par de sábanas y saludas a una tía simpática, vecina de escalera, que tiene tres gatos y otra bolsa llena de fundas de cojín, plagadas de asma y olor a pis. Charla con un viejo rockero en pantalón corto, más sucio todavía que los vaqueros raídos que mete en la lavadora, junto a un albornoz descolorido, recuerdo de aquel hotel costero en el que conoció a la mujer de su vida, la chica ya no está, pero necesita recordarla. Y la señora del perrito pequeño y el moño. Hoy trae unas cortinas blancas que su sobrino le ha descolgado por fin. Ha camuflado, en el centro del rebullo para lavar, su camisón transparente y el cubre-colchón. Mira a tres jovencitas, muertas de risa. Dos de ellas tratan de meter a la tercera, con el pelo teñido de todos los colores, dentro de una lavadora. La señora sonrío y un niño como de seis años las observa sin parpadear, mientras su mamá, dos máquinas más allá, recoge dos bolsas de ropa ya limpia y seca.



Constantemente entran y salen personas. Muchas se conocen, otras se conocerán, aunque sea de vista. Con sus vidas dibujadas en los andares, en la piel y cada gesto, como esa risa espontánea o la mirada que huye.



## Zapatito azul

Deja sirena el tanteo de arena,  
no están las llaves en el fondo del mar.

Nada hacia arriba, guarda esa lista,  
ponte relleno en las tetas.

Aquí abajo solo hay oscuro y un zapatito azul.



Fin

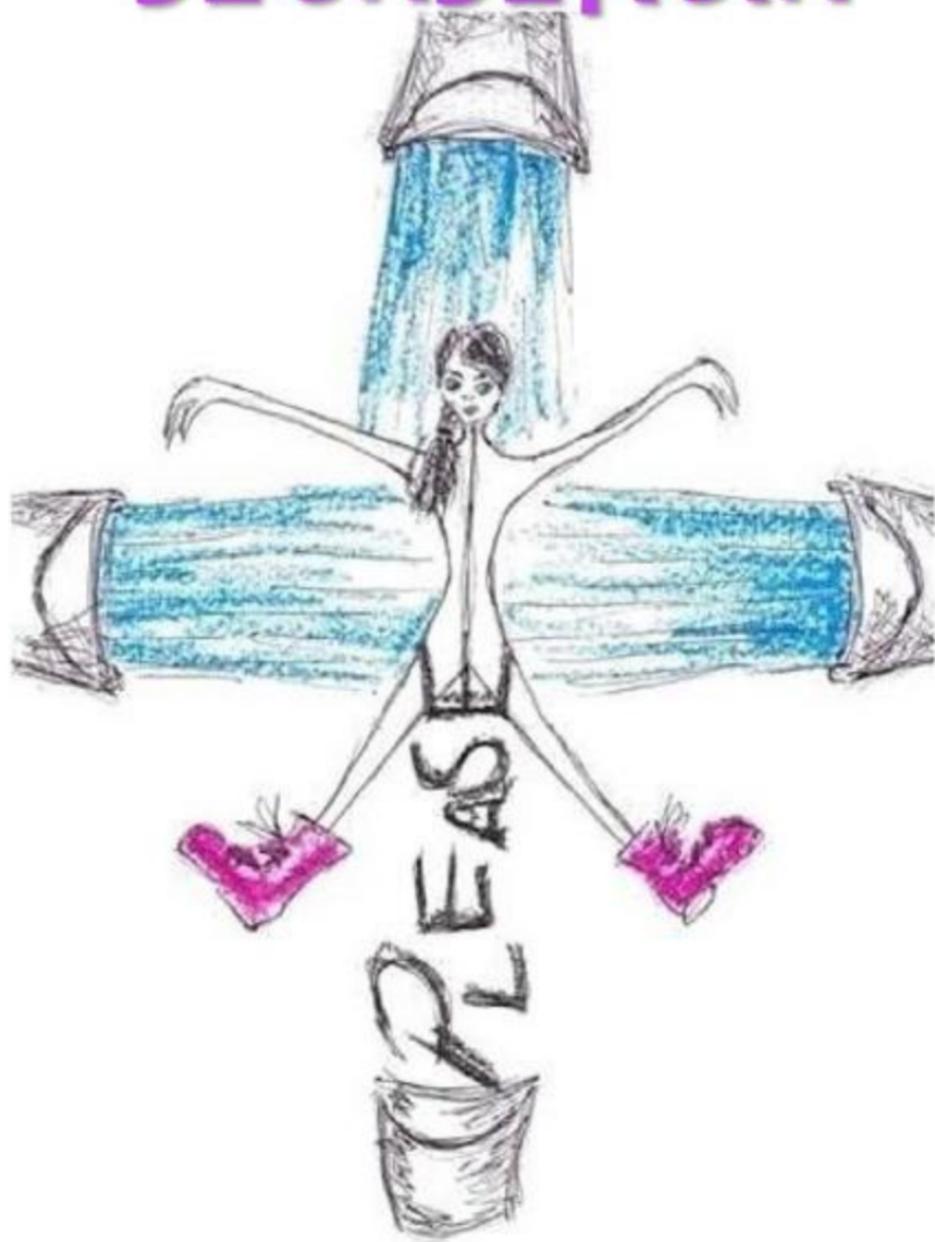
*Trapichea con Sueños:*

*no hay control que los detecte  
ni cárcel que los contenga.*



Diario de UNA

# DECADENCIA



Se me ha vuelto a estropear la lavadora. Es la quinta vez y no puedo más. Coloco una silla frente al tambor y me autohipnotizo con los últimos coletazos de fuerza centrífuga, mirando tangas enjabonados flotando en cincuenta litros de agua que no sé cómo sacar.

Bajo en pijama a la tienda de animales y compro dos pececitos color naranja con ribetes negros. Los deslizo por el conducto del jabón y aparecen enseguida en mi nueva pecera. Parecen inquietos. Ahora un poco quietos.

La venta de peces sin instrucciones debería ser ilegal, uso programas de lavado en frío y estos peces tienen aspecto de tropicales.

No puedo soportar verlos así, panza arriba, entre mi ropa interior. Creo que debería tener gatos.





## II

Nunca mato bichos porque me aterroriza que sus familiares me devoren por venganza. He pasado la noche muerta de miedo, soñando con bancos de peces de dientes afilados, atacándome sin compasión. Me despierto empapada en sudor, aunque podría ser el de ayer sumado al de hoy, que se va acumulando. Tengo sed. Me parece una pérdida de tiempo, jabón y agua lavar la vajilla antes de mancharla toda. La fregadera apesta, así que voy al lavabo y bebo allí, para evitar la legionaria, gonorrea o como se llame eso que contagian los grifos negruzcos de fregadera cuando los lames. Tengo que comprar vasos de plástico.

Todavía no he sacado el agua de la lavadora, no tengo ánimos. Con un tenedor, pincho del tambor un tanga mojado y me lo pongo. Huele a moho, pero qué puede importar, si hace horas que he dejado de oler a jabón. Me ha dado garrampa.

Una vez leí que puedo comer solo queso durante una semana sin que me falten nutrientes. Amo el queso. Y el pan, las salchichas de pollo y las hamburguesas. Las cosas verdes me hinchan la tripa, me dan diarrea, no las digiero bien. Se acabó lo verde.

En esta casa hay demasiada luz.





### III

El queso está de oferta, parece que mi suerte cambia. Compró ocho cuñas a precio de cuatro. Creo que hoy me ducharé, estoy bastante más animada, aunque he adquirido algunas cosas por si vuelve a darme el bajón: bastoncillos, toallitas húmedas, desodorante y espuma para lavar en seco. También me he metido en el bolsillo unas pinzas para cejas porque si no robo algo, me siento como vacía.

De camino a casa, decido adoptar gatitos. Cojo del contenedor unas cajas de cartón de distintos tamaños y varios botes vacíos de suavizante. Y una pila enorme de periódicos. Los pollitos de colores de los escaparates siempre jugaban entre tirillas de papel. Haré lo mismo para mis gatos, puede que les tiña el pelito rosa. Verde nunca. Me pregunto qué tal me quedaría la sombra de ojos azul.



## IV

Dejo la compra en el suelo de la cocina y me pongo manos a la obra. Corto los botes de suavizante, de momento, dos camitas. Y cubro el pasillo de cuarenta centímetros a lo alto de tirillas de papel de periódico, para que se sientan bien nada más entrar.

La basura de la puerta del mercado siempre está llena de gatos cuando anochece. Me enamoro de dos muy pequeños, Unojito es gris y el ojo también, muy mimoso. Dosojitos es más chulillo, blanco y marrón. Me quito la chaqueta del pijama y los envuelvo con ella. Unojito, Dosojitos..., vuestra nueva casa.

Reúno los restos de leche de los vasos que hay en la fregadera. Algunos tienen café, así que diluyo la mezcla con un poco de agua y la vuelco en otro bote cortado de suavizante. Se acercan despacito, temblorosos y hambrientos. Beben hasta saciarse y se duermen. Los dejo descansar allí mismo. ¿Los gatos duermen con los ojos abiertos?

¡Joder, estos bichos están muertos, muertos! Qué tristeza tan grande, debían ser prematuros y no han aguantado.



## V

Están empezando a oler. ¿O soy yo? Mi vista se posa en el ojo sin vida de Unojito y rompo a llorar. Qué vida tan breve y puñetera. Se merecen un entierro digno, no como yo, que seguramente acabaré en una fosa común porque nadie me querrá nunca. Preparo una de las cajas que recogí del contenedor como ataúd. Coloco una buena capa de lechuga en el fondo, como he visto hacer con animales muertos en el supermercado. Así le doy uso. No voy a tocarlos, vomitaría. Enfilo el recogedor y giro la cara hacia el otro lado. Ya noto el peso y miro de reojo. Están ambos dentro. Los meto rápido en la caja y cierro la tapa. La envuelvo con un precioso papel rojo metalizado que me sobró de Navidad, me echo bien de colonia y camino solemne hasta el río Huerva. Me sitúo justo en el centro del puente. Unos pocos metros más abajo, fluye el agua cristalina. Quiero que mis gatitos viajen plácidamente como Moisés, hasta su camita eterna, el mar.

Contengo la respiración, nivelo la caja y la suelto con cuidado. Pero se desvía hacia la derecha y se estrella contra la orilla, a un metro del agua. El papel y la caja se rompen y los dos cadáveres ruedan fuera. De pronto, salen de todas las direcciones decenas de ratas oscuras de dos palmos, que se lanzan sobre los gatitos a dentelladas.



Jamás he visto en directo una escena tan dantesca, no puedo apartar la vista. Es la gota que colma el vaso. Qué sed. Llego conmocionada hasta la tienda de la esquina, que siempre está abierta:

–Deme dos cajas de vino Don Simón. Y una baguette.



## VI

La baguette no es para mí, al verla me he acordado de las pobres palomas del patio de mi casa, que apenas comen desde que murió la anciana del entresuelo. No he pedido una bolsa por timidez, parto el pan en varios trozos y lo guardo en los bolsillos, así puedo sujetar las cajas de vino. Aunque si tropiezo no podré poner las manos y todo habrá terminado, seré una muerte ridícula en la prensa local, porque en verano no hay nada de qué hablar.

Me frena un músico al final del puente, de vuelta a casa. Toca un instrumento de viento junto a otros chicos sentados en la acera y dos perritos pequeños.

-Morena de mi vida, una monedita.

¿Le habré parecido atractiva?

-Dame un vinito aquí para mis colegas, bonita y te toco la dulzaina.

Me callo el pan porque lo tengo apalabrado, pero nos bebemos el vino. Apoyo la cabeza en el hombro del músico, estoy tan bien que da igual si tiene piojos o no. Siento amor. Le doy un beso pequeño. Es guapo, pero sabe muy mal. Necesito ducharme.

-Vuelvo en diez minutos, lo juro.



Corro a casa, abro la puerta, está sonando el teléfono. Como no tengo amigos, lo suelo coger. Contesto a todas las encuestas y si me siento muy sola, simulo no entender las preguntas. Pero hoy no tengo tiempo, el amor de mi vida espera en el puente. No para de sonar, me estoy estresando una barbaridad.



## VII

¿Y si es importante? Quizá están llamando de *Nescafé* para comunicarme que me ha tocado el sueldo para toda la vida y lo anunciarán por sorpresa en un programa de televisión, que haga como que no sé nada, que vendrán a recogerme con chófer y qué guapa estaría de rubia. Tengo que cogerlo.

Me he resbalado con las tirillas de papel y dado un golpe tremendo en la frente, me sangra la ceja a chorros. Engancho un puñado de tirillas y trato de frenar con ellas la hemorragia, levanto el auricular.

Estoy despedida. Que no he ido a trabajar esta semana. Que por qué no he llamado para avisar de que no iba. ¿Es que tengo que llamarte para decirte que no estoy si no me estás viendo?

Habrán pasado ya casi diez minutos. No hay tiempo para ducha. Me paso un par de toallitas húmedas por el sobaco y el cuello y vuelo al encuentro con mi amor. Tengo la sensación de que la gente me mira, mientras el corazón se me sale del pecho. No, es el pecho lo que se ha salido, no me he abrochado bien.

Nadie en el puente.

A cada paso, muere un trocito de mí para siempre. Creo que voy a lanzarme contra el asfalto al paso del bus.



## VIII

Pero si me mato, ¿quién cuidará de las palomas, quién comprobará tres veces cada noche que el portal está cerrado, quién pisará las líneas de las baldosas para que no llueva los sábados? Me siento en el suelo, demasiada responsabilidad para una sola persona, estoy abrumada. Y sin trabajo. Mejor morirse a final de mes, si no, es tirar el alquiler. Debería limpiar un poco, no quiero que entren a por mis cosas y piensen que soy sucia, una cosa es que no me lave porque nadie me va a querer jamás y otra muy distinta que me acusen de lo que no soy aprovechando que estoy muerta e indefensa. Cobardes.

Un coche de policía se para frente a mí. No entiendo qué dicen, me estarán preguntando por una calle. El semáforo se pone en verde y les saco el dedo, es que estoy en un mal momento.



## IX

Dentro del coche no parecían tan altos. No, no llevo carnet, para el uso que le doy... Me refería a que lo uso poco, no a que lo utilice para algo en particular. Sí, estoy bien, es que he venido corriendo porque había quedado con el amor de mi vida, pero tampoco me quería y estaba esperando al autobús para tirarme debajo, luego las responsabilidades me han abrumado y me he tenido que sentar. No voy a acompañarles a ningún sitio. Pues entre otras cosas porque ni me he duchado ni recuerdo si llevo o no ropa interior. No se va a infectar, la he limpiado bien con papel de periódico. No, no sé de qué día. ¿Ah, hoy? Martes. O jueves, tampoco lo recuerdo.

Han llamado a una ambulancia.

Qué manía tiene la gente de hacer favores que no se piden. He tenido que subirme para evitar un espectáculo en la calle. En el hospital me han dado tres puntos de sutura en la ceja y sacado sangre para unos análisis. Tengo mucha hambre. Una psicóloga me pide que conteste un millón de preguntas, que rellene un millón de casillas y adivine un millón de dibujos, todos iguales.

Me han diagnosticado *borderline*, estoy empezando a encontrarme mal. ¿Habrás sido por lavarme poco las manos? Espero que al menos me den una vivienda de protección oficial y, si tiene terraza, criaré tortugas galápago.



## X

Ha venido un trabajador social. Le pido que me traiga un bocadillo, por favor, y me dice que no le pagan para eso. Salgo al pasillo y me tiro al suelo, haciéndome la muerta. Me han puesto una pastilla debajo de la lengua, yo quiero un bocadillo, así que vuelvo a hacerme la muerta. El de seguridad me acompaña a la salida, al menos estoy en la calle.

Regreso andando, tengo que recortar gastos. Voy a aprender a leer las cartas del Tarot.

Qué bien se está en casa.



## XI

Debo elegir un buen nombre, algo que suene al más allá, pero sin asustar. «Doña Ultratumba». «Negra Tizón». «Predestina». Me gusta Predestina como nombre artístico de echadora de cartas. Y todo en negro, qué más da, sin amor no viviré hasta la jubilación. Ese músico piojoso me ha roto el corazón. Si no tuviese por delante una prometedora carrera como adivina, me finiquitaría.

*¿Quieres saber lo que el futuro te depara?  
Pues para.  
Da la vuelta a la esquina  
y encontrarás a la mejor adivina,  
Predestina.*

Qué lástima ser una desgraciada en el amor, con este don para la poesía. Empapelaré con mis versos las farolas del barrio.

Desprecinto una de las barajas del tarot que tengo en la habitación de las revistas con regalo. Es un acierto guardarlo todo por si hace falta. Me palpita el labio superior, estoy entrando en trance y sé por qué. El vecino del perro me llamó gorda. Me dolió.

## XII

No me atrevo a usar magia negra, soy nueva en el oficio y podría volverse en mi contra, empezaré con un aviso siniestro. Saco del frigorífico unos tomatitos *cherry* que no me puedo comer porque no son personas, pero tampoco piedras y quién sabe cómo les afectan las cosas. Pego tres con cola de contacto. Les clavo ocho palillos para aumentar el terror. Esto le va a pasar por llamarme gorda en un momento tan delicado de mi vida, en el que nadie me ha querido, nadie me quiere y nadie me querrá jamás.

Abro muy despacio la puerta de la calle y me encuentro frente a una señora con gafas. He gritado mucho y ella también, ninguna de las dos nos esperábamos. El hospital avisó a los servicios sociales, han intentado localizarme en numerosas ocasiones, pero no cojo el teléfono, por eso le envían.

–Mire señora, ya no atiendo el teléfono porque me hiere física y psíquicamente.

Dejo los tomatitos en el suelo.

Le he tenido que volver a gritar, ha movido mis cartas del tarot ordenadas estratégicamente entre las tiras de papel. Me pide un vaso de agua, le acompaño al baño para que beba del grifo del lavabo. Tiene mucha prisa, volverá en otro momento cuando esté más tranquila. Yo la veo bien. Dice que se refiere a mí. Me notificarán la próxima visita por correo certificado. Le advierto que nunca firmo las multas. Se marcha.

Ha pisado los tomatitos. Se resbala y golpea contra las escaleras. Sangra, le hablo, pero no responde. No consigo levantarla, está inerte y gorda, ella sí. No puedo llamar a emergencias porque el teléfono me daña, así que golpeo la puerta de mi ofensivo vecino en busca de ayuda, su perro se lanza sobre los tomatitos reventados, esto es una carnicería.

Viene una ambulancia. Me encierro en casa, no me fío de las ambulancias. Observo a través de la mirilla cómo se llevan a la señora. Sospecho que esta mujer quería quitarme la patria potestad de mí misma.





## XIII

Apenas me queda queso. Haré diminutas bicicletas con el papel de periódico y las venderé en la puerta del mercado. Así podré comprar más queso mientras preparo a Predestina. Recojo las tirillas del pasillo con cuidado de no tocar las cartas del tarot y las meto en la bañera, añado agua y mezclo todo con los pies, como si fueran uvas.

Lo intento una y otra vez, pero las bicicletas me superan, mejor construyo penes del destino y la buena fortuna de papel maché. Es más comercial y me harán sentir menos sola. Esculpo quince penes y los saco al alféizar de la ventana para que se sequen. Aprovecho y ato un tenedor a un trozo de cuerda para robar un par de bragas del tendedero del piso de abajo. Entre unas cosas y otras, voy un poco justa de ropa interior. Bajo al chino a por pintura.



## XIV

No había pintura, pero he robado un soldador. Entro en un colegio público. Me atiende el conserje.

-¿Buscas a alguien?

Pintura naranja y rosa.

-Debes ser la educadora social.

Hago un gesto que significa sí y no a la vez, no me gustan las mentiras. Me da tres cajas de témperas, dos pinceles, un sándwich de *Nocilla* envuelto en papel de aluminio y una anécdota de su mudanza a Madrid para probar suerte como actor porque le picó el gusanillo. Me duele la cabeza. Le regalo el soldador y me marchó sin despedidas, me entristecen. Tiro por el camino los botes de témpera verde.

Llego a casa, llamo al portero automático, nadie me contesta porque vivo sola. Aprieto el interruptor de la luz del pasillo. De haber estado en casa, no hubiese podido abrirme, han cortado la luz. Menos mal que llevaba llaves.

## XV

Debo organizarme, apenas quedan dos horas de luz natural. Marco con tiza el perímetro de las cartas del tarot ordenadas en el suelo y escribo dentro el nombre de cada una, porque cambiadas de sitio no sé qué significan.

Voy a poner cabezas de ajo en las ventanas. Cuando se haga de noche, estaré a merced de los aparecidos y las sicofonías de Belchite. Necesito protegerme.

LA SUERTE





## XVI

Se me han caído parte de los penes del destino al patio de luces. Bajo corriendo al piso del presidente de la comunidad:

—Por favor, déjeme la llave del patio, tengo que recuperar cinco penes de la buena fortuna antes de que caiga el sol.

Cierra la puerta y me deja con la palabra en la boca. Malditos vecinos. Pintaré de momento los que no se han caído. Pintar me relaja. Es casi de noche, me está entrando miedo. Escucho un sonido extraño, ¿he sido yo quien lo ha oído? Ya no me veo y puedo ser cualquiera. Me hablo en alto para sentirme acompañada y me calmo un poco. A tuestas llego hasta la puerta de la calle, la abro y entra luz de la escalera. Apoyo la espalda en la pared del pasillo y me siento frente a la puerta, evitando ataques demoníacos por la espalda. Esta noche dormiré aquí.



## XVII

Tendría que haber ido a hacer pis antes de atrincherarme. Si voy al baño a oscuras rodeada de espíritus obsesionados por llevarse mi alma a la ultratumba, perderé la razón o me tiraré por el hueco de la escalera y no he trabajado tanto en Predestina para acabar así, prefiero morir por falta de amor. Lloro desconsoladamente, quiero vaciar mi cuerpo, pero no es suficiente.

No puedo más, me quito un calcetín y atranco con él la puerta para que no se cierre ni se abra, a duras penas llego hasta la calle y orino entre dos coches, una parte se ha quedado en los pantalones. Qué alivio tan grande.

No vuelvo a mi casa endemoniada ni muerta. Entro en un cajero automático, veo una manta al fondo, una noche se pasa de cualquier manera. Me tumbo en ella. Ah no, que es un señor. Me abraza.

¿Le habré parecido atractiva?

Creo que voy a quedarme.

FIN

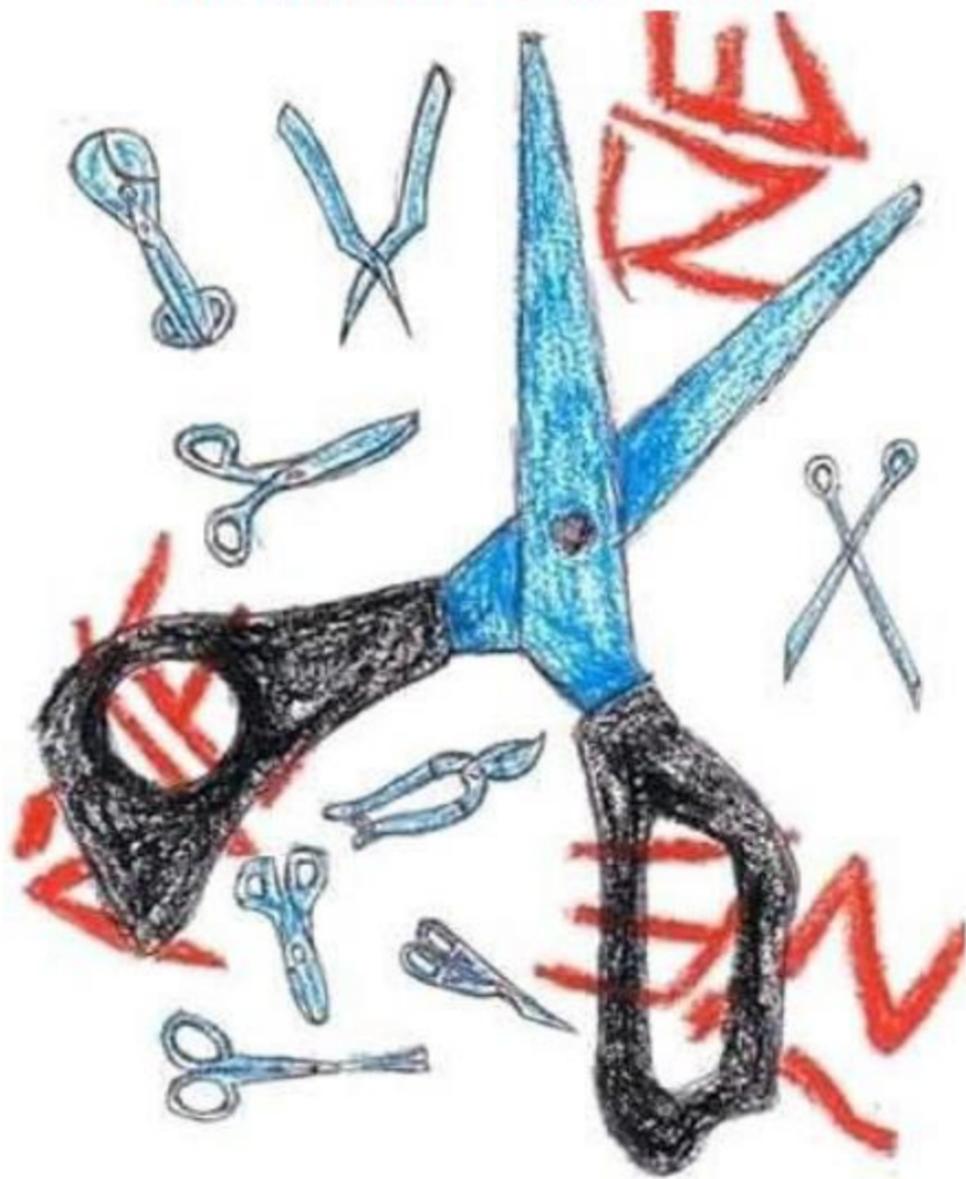


*Cada vez que no es sí y sí es no,  
muere un pajarito.*



# Tragicomedia de los objetos

**JEZABEL MONTENEGRO**





## El drama de los objetos



---

A pesar de la escasa información que existe al respecto, numerosos ciudadanos son víctimas de relaciones tóxicas establecidas con objetos cotidianos. Acosos, chantajes, agresiones, suponen el día a día de muchos hogares, convirtiendo la vida de estas personas en un infierno, hasta el punto de anularlas por completo.



## Crucifijo





Escribo desde los estertores de la muerte, al borde de un choque séptico y deseando abrazar de nuevo a Jesús. No espero ayuda ni redención, tan solo dejar constancia de las causas de mi muerte, sin duda bien merecida, debido a los excesos de mi fe.

Nací devota, como mis padres, mis abuelos, mis bisabuelos. Amamos a Dios sobre todas las cosas desde hace ni sé cuántas generaciones. Crecí respirando un amor infinito hacia las personas y compasión por los infieles y los animales.

Mi primer recuerdo, anterior incluso al rostro de mis padres, es un crucifijo con el hermoso Jesucristo, adornando el cabecero de mi cuna, después mi cama, velando mis sueños. Pasaba largas horas encerrada en mi habitación abrazándolo, acariciándolo, dándole calor. No tenía amigas, tampoco el deseo de tenerlas, pues la compañía de Jesús me hacía sentir plena, feliz. Las niñas solo pensaban en vestidos, esmalte de uñas, chicos y guarrerías. Yo nada de eso necesitaba, Jesús me quería tal y como soy.

Por fin, una noche que jamás olvidaré, decidimos afrontar con valentía una realidad que ya intuíamos: estábamos enamorados, muy enamorados. Nos besamos y él se durmió entre mis pechos, acunado por los latidos de mi corazón. A partir de ese momento, fui feliz como nunca. No podíamos estar separados un solo minuto. Durante el día, lo cobijaba en el bolso o en el bolsillo interior del abrigo; cuando llegaba la noche, lo acomodaba sobre la almohada y, frente a él, me desnudaba lentamente. Adivinaba sus



deseos solo con mirarle a los ojos. Deslizaba mis braguitas y lo introducía en mi vagina. A Jesús le gustaba el fuego de mis entrañas. Se introducía una y otra vez, una y otra vez, hasta hacerme sentir el paraíso celestial del que proviene.

Pero no es destino de los hombres en su paso por la vida terrenal una felicidad tan dilatada. Nuestras húmedas noches de amor y la acidez de mi placer fueron oxidando el clavo que unía la cruz en la que Cristo reposaba, hasta que las dos maderas se soltaron, cerca del clímax. No puede hacer nada. Lo intenté, mas no pude. Los brazos de mi amor no fueron lo suficientemente recios para evitar ser engullido por mi vagina, tan hambrienta de amor. Allí quedó Jesús, en tinieblas, fuera de mi alcance. Apenas rozaban mis dedos el mástil que lo inmovilizaba por la espalda. Esperé en vano a que asomase la cabeza, a que fuese capaz de avanzar hacia la luz...

No pude salvar a mi amor.

No pude salvarme a mí misma.

Pronto comencé a sentirme mal y apareció la fiebre.

Ya casi no puedo respirar y muero con mi venerado Jesús en el vientre, como una virgen.



## Caridad piedra

No dispongo de mucho tiempo, así que iré al grano, si me lo permiten los nervios. Los objetos me persiguen, especialmente los puntiagudos y filosos. Vivo en alerta constante. Camino con el culo pegado a la pared para evitar que un cuchillo se me clave hasta el mango por detrás. ¿Quién rendiría cuentas del homicidio? Un accidente, caso cerrado, yo muerta y el mundo sigue girando. Solo me relajo cuando me acuesto de lado, con mi marido cubriéndome las espaldas. Los objetos nunca me acosan de manera frontal.

Hace un rato, Carlos fue a preparar café y yo me levanté del sofá para ir al baño. De nuevo fui consciente de las presencias amenazantes. Me volví rápidamente y allí estaban todas, disimulando como en el un, dos, tres, chocolate inglés.

Carlos parece no darse cuenta y es cierto que los hombres son menos perceptivos para este tipo de fenómenos, aunque a veces dudo y pienso en si es él quien desea acabar conmigo a través de terceros. Hasta hace un par de años, hubiese puesto la mano en el fuego por su lealtad, pero desde que existe internet, creo menos en el amor.

Debo apresurarme, todavía me falta registrarle hoy el móvil y la cartera... El sillón orejero me está mirando muy mal.



# Alma





Necesito ayuda urgente, tengo el alma repartida entre el cubo de fregar y la fregona en sí, con un aspecto horrible. El cubo ya estaba en la casa cuando la alquilé, hace casi siete años. La fregona es más moderna, de las amarillas, no se ha perdido demasiado porque es muy absorbente, pero tampoco parece el lugar más adecuado para contener mi esencia.

Me he dado cuenta porque no parpadeaba. Me escocían los ojos y no parpadeaba, por eso me he mirado en el espejo. Y no tengo blanco del ojo. Como ayer estuvimos viendo el fútbol y bebiendo una cerveza detrás de otra, he pensado al principio que era resaca, pero es todo el ojo negro carbón y eso no pasa ni con el anís.

Ayer jugaban el Barça y el Zaragoza. Nos juntamos siete en mi casa, entre ellos Agustín, y a ese no lo soporto, tío más fantasma no lo hay en la tierra. Del Barça. Yo del Zaragoza de toda la vida. Íbamos empate a uno, a mí ya me daba igual el fútbol, los goles y la madre que los parió a todos porque Agustín había apagado su cigarro en mi birra y quería matarlo, así que me dije, desde lo más profundo: «Satanás, te vendo mi alma si haces que pierda el Barca y se joda este cabrón, métesela doblada».

Se la metió, gol del Zaragoza en el tiempo de descuento. Qué risas. Y Agustín sin menearse del sofá, haciendo como que sonreía, aunque tocado y hundido para los restos, qué final de noche más guapa.

Cuando se fueron los colegas, me puse a recoger un poco la mesa. Con tanto silencio, empecé a acojonarme y a pensar



que no se puede jugar con fuego, así que recorrí todas las habitaciones de la casa, encendiendo las luces con los dedos cruzados y retirando mi oferta al demonio. Estaba tan asustado que rezaba para que por la mañana siguiente apareciese cambiado el resultado en los diarios deportivos, como en las películas de Navidad y eso. Pero Satanás se ha rebotado y me ha querido dar una lección o no nos hemos terminado de entender, porque esta mañana he encontrado mi alma en estado líquido, formando un charco con tropezones, mis sentimientos, en mitad del dormitorio. No la he pisado de milagro.

No sé si escurrir bien la fregona, hervir el agua del cubo y luego tomármela como una sopa con picatostes, hacerlo sin hervir y que sea lo que Dios quiera, pasar de todo y seguir sin alma, cogermela baja o qué, pero me siento vacío, perdido, vulnerable y tengo los ojos muy negros. Voy a llamar a mi madre.



## Pene

Mi vida cambió drásticamente el día que murió Cata, mi gata. Me encontré viviendo sola, sin amigos ni familia, nadie con quien poder charlar, compartir esos ratitos de sofá tras una larga jornada de trabajo o ver una película el fin de semana.

Me refugié en internet. Leía la prensa, participaba en interesantes foros femeninos y era activista en Facebook, que es donde vi, por casualidad, aquel anuncio para hacer amigos. No me atreví en ese momento, pero durante los días posteriores, reflexioné sobre mi situación: ¿Acaso la amistad es algo reprochable? Así que volví a aquella página y me registré. Descubrí un universo de personas atractivas, inteligentes, deportistas, sinceras, románticas, amantes de los animales y los niños, divertidas y bien situadas en la vida. Sentí que por fin la suerte me sonreía.

Pronto recibí el mensaje de un chico de mi edad, tímido, discreto y un tanto misterioso. Nos enviamos algunos mensajes corteses y, sin apenas darnos cuenta, surgió una magia y una afinidad tan grande que pasamos a mayores: intercambiamos nuestros whatsapps.

Nunca olvidaré aquel primer día de intimidad, qué nervios, cuánta expectación, era un hombre especial, sin duda. Al principio *whatsappeábamos* solo un ratito; luego, todos los ratitos y, dos meses después, ya éramos novios formales. De nuevo me sentía viva. Como es natural, cada día



intimábamos un poco más y tras año y medio de relación, lo sabíamos todo el uno del otro. Hablábamos de formar una familia y adoptar un niño oriental.

Desconozco su aspecto, no es algo que me importe, estoy por encima de cualquier frivolidad al respecto. Yo le mandé una foto en la playa, un hombre tiene necesidades que satisfacer.

Hace un par de semanas, iniciamos tímidas conversaciones sobre la posibilidad de conocernos en persona y consumir nuestra relación. Aunque yo, sinceramente, no tengo prisa, parecía ser importante para él, así que estuve de acuerdo. Acordamos un plazo de tiempo razonable para prepararme psicológicamente y, picarona, le di mi dirección como prenda.

Hace unos días dijo que me había enviado una sorpresa. Me alarmé, pues soy persona discreta y bien considerada en la escalera. Me aclaró que no tenía de qué preocuparme, era una carta. ¡Cómo temblaban mis manos cuando la recogí del buzón! La abracé con fuerza y la abrí con todo el cuidado que me permitía la pasión.

Era un folio, ocupado por las dos caras. La primera (qué letra tan bonita) ha quedado grabada en mi alma, de tanto amor. La segunda cara era una composición artística con dos corazones dibujados, que albergaban en su interior grandes sorpresas. En el centro del primer corazón, pegadito con celo, ensortijado, lucía un vello púbico, señalado por una flecha que partía de la frase «vello púbico».



El segundo corazón, el más grande, recogía un contorno, señalado con una flecha que partía de la palabra «adivina». Tardé algunas horas en darme cuenta de que era el contorno de su «aparato».

En ese momento mi mundo interior se derrumba y descubro horrorizada que ya no me gusta. Que se me ha roto el amor, que no siento nada, que pienso en él y lo percibo como a un extraño. No es por el tamaño, por favor, no soy de ese tipo de persona. Es que no me gusta su forma, es... es... Tiene tanto aspecto como de pene... No sé si me explico...

El caso es que la magia ha desaparecido, no voy a construir una vida a su lado. Si es necesario compartir la custodia del niño chino, siempre y cuando él se haga cargo de la manutención y los gastos, estoy dispuesta a asumir mis responsabilidades, pero es una realidad que ya no le amo y no sé cómo decírselo, como plantearlo. Él está muy ilusionado y temo que se quite la vida o algo peor, que se suicide. Desconozco la manera solventar esta situación. Me preocupa que mi vida cambie drásticamente, otra vez.



Muñeca semi-hinchable  
Ref: 20 - N  
Modelo Mariano



## Pata de palo

Miguel Pellicer Blasco era un muchacho de Teruel que hacía chapuzas en la era de un tío suyo que vivía en Castellón. Allí, le pasó un carro por encima de la pierna derecha y le quedó para el arrastre. Intentaron arreglársela en Zaragoza, que siempre ha tenido fama de buenos médicos, pero no hubo manera. Le amputaron por debajo de la rodilla y le enroscaron una de madera. Durante un tiempo, pidió limosna en la puerta de la Basílica Del Pilar, hasta que se cansó y volvió a su pueblo. Una noche como cualquier otra, se desenroscó la pata de palo, se acostó y se durmió. Entró un momento su madre a la habitación, no se sabe a qué y vio dos pies asomando entre las mantas, en lugar de uno. A Miguel le había crecido de nuevo y por mediación de la Virgen Del Pilar, el trozo de pierna amputada.

El Milagro de Calanda es uno de los más documentados en la historia de la iglesia católica, pues es muy reciente, unos quinientos años. Fechas, obispos, arzobispos, cirujanos, reyes...

Miguel tenía siete hermanos. También está documentado. De los siete, fue al único que mandaron a trabajar fuera, ya que en casa no era demasiado productivo. Cuando vuelve con una pierna menos, como si antes no fuese lo bastante inútil, deciden deshacerse de él de manera definitiva y discreta, pues tenía cierta categoría como indigente de postín entre la gente de bien, la que reza.



Como el hambre agudiza el ingenio:

Nos llevamos a Miguel al campo, recreamos lo de Caín y Abel, que si está en la Biblia no debe ser tan malo, después le quitamos la pata de palo y lo enterramos. Por la noche, que José (nombre ficticio de uno de los hermanos de Miguel) se acueste en su cama, son como dos gotas de agua. Dejamos la prótesis apoyada al lado. Al rato, que entre mamá en la habitación, cuente hasta diez y salga gritando ¡milagro, milagro! Los demás, lloramos mirando al cielo y nos golpeamos en el pecho. No os preocupéis, Dios está con nosotros.

Y con tu espíritu.

*Fdo: Una amiga de la familia.*



## Corazón de melocotón

Todo comenzó hará cosa de un mes, por la noche. Sentado me hallaba consultando la televisión, cuando llegó hasta mí un ruido desconocido.

Buscando su origen, fui a la cocina, y de la fresquera provenía. Ni qué decir tengo que no le otorgué importancia alguna, pues se trata de un aparato viejo que me regalaron los de la peña, hace años. Abrí, cerré y me marché a dormir. Pero a la mañana siguiente, cuando quise matar el resaca de la noche con agua fresca en abundancia, me encontré el aparato abierto de par en par y todos los alimentos revueltos.

Aunque no soy varón que se achante con facilidad, este suceso me ocasionó un parálisis que duró diez minutos a lo menos. Tras respirar profundamente y lanzarme sal por encima del hombro, me dispuse a revisar el contenido de la fresquera, por si algún roedor hubiere instalado allí su morada. Como resultó que no, pensé en llamar a mi amigo Marcial, el de las bicicletas y arradios, para que le echase un vistazo. Salí camino del teléfono y..., ahí estaba.

En mitad del pasillo de mi hogar..., un melocotón de Calanda.

«¡Compórtate como un hombre, Mariano!», me dije, para espantar al miedo. Y miren ustedes que a lo que agacho el lomo para recogerlo, se gira el melocotón despacico hacia mí, levanta la barbilla, me mira, me apunta con su dedo de



melocotón, se vuelve a girar e inicia una rodadura en dirección al cuarto de estar.

Como alma que lleva el diablo salí gritando por la puerta del corral. Allí estuve escondido durante horas, hasta que decidí enfrentar la situación, porque soy un hombre y porque me había cagado. Cogí la escoba por si hubiere crecido y fui a su encuentro.

Lo encontré sentado en el sofá, viendo la Fórmula 1 y con el mando de la tele en su mano de melocotón. Aproveché que estaba distraído para ir a la bañera a quitarme la peste, atrancando la puerta del baño con una barra de hierro, que uno es de pueblo, pero ha visto Psicosis.

Cuando salí, la fresquera estaba de nuevo abierta, y ya se me saltaban las lágrimas imaginándome la carne picada despicándose, cuando vi al melocotón preparándose un bocadillo de jamón, con aceitico y todo. Me sonrió. En ese momento, se me despertó el instinto paternal y le abrí una *Mirinda* de naranja. Le ayudé a llevarlo todo a la mesita del comedor y salí a unos quehaceres. A punto estuve de comentarlo donde los piensos, pero me dije: «Chico y para qué, igual cuando vuelves, está todo como siempre y ha sido un sueño».

No estaba como siempre, no. El melocotón era majo, pero guarro. Había dejado el sofá lleno de migas, los dedazos de melocotón marcados por todas partes y hacía la siesta en mi cama, con toda la pelusa encima.

Después de limpiar, me acosté a su vera, en una esquinica para no molestar y cuando desperté, no estaba. Escuché un



chapoteo y corrí hacia el baño, con el corazón en un puño por un mal presentimiento. Lo encontré medio ahogado, en el fondo del váter. Se había subido para orinar y por la falta de experiencia, parece que se venció y cayó dentro.

Metí la mano, lo saqué, lo lavé y me mordió, fuerte además. Me avergüenza decir que lo estampé contra la pared, pero no estaba muy maduro, así que apenas le hice un rasguño. Cuando terminé de curarme el mordisco, el melocotón estaba en la cocina fregando la vajilla y eso no lo ha hecho por mí nadie, en la vida.

Así fueron pasando los días, con algunos disgustos propios de la convivencia y no pocas satisfacciones.

Últimamente no tiene buen color y se está quedando en el hueso. Yo le digo que se meta un rato en la fresquera, pero no quiere oír hablar de volver allí. Que también lo entiendo. Pero claro, verlo consumirse y arrugarse un poco cada día, me ocasiona un sufrimiento jamás conocido por mí.

No sé qué voy a hacer cuando llegue la hora, me moriré de pena y de soledad. Sin mi melocotón de Calanda no soy nadie, no quiero seguir viviendo sin su compañía, qué será de mí.... Ojalá se me lleve el Señor al reino de las frutas.



## Epilady

Me llamo Pilar Sosa, vivo en Zaragoza, trabajo para una entidad bancaria asociada al Opus Dei, por lo que imploro se respete mi anonimato. La naturaleza del problema que me erosiona es muy delicada y no sé cómo poner fin a esta tortura.

Hace algunas semanas, inicié una colección de autoayuda femenina por fascículos muy útil para mujeres en busca de respuestas, como yo. Me sentía cada vez más realizada, hasta que llegó el coleccionable dedicado a la depilación pública (con perdón). Nunca había necesitado depilarme "eso", pero bajo ningún concepto deseaba quedarme atrás en la búsqueda de la felicidad, la paz y la armonía.

Quizá no entendí bien las instrucciones o elegí mal las herramientas, no lo sé, porque cuando apliqué la *epilady* «ahí», prometo que hubiese preferido arrancarme un brazo, quemarme la cara con diez cigarrillos, partirme la lengua de un mordisco. Qué dolor, indescriptible. Se me cortó la respiración. Los pelos quedaron atrapados en la *epilady* y esta, atascada. Estiré un par de veces de la máquina pero, salvo llorar, no logré nada. Tampoco cabían las tijeras entre la carne y la *epilady*.

Debía estar en el trabajo en dos horas. No pude hacer otra cosa que ponerme la braga-faja que llevé en la boda de una de mis primas para disimular un poco el apéndice artificial, mas seguía notándose el bulto con el pantalón, así que los



cambié por una falda negra y larga que tenía de un disfraz antiguo de hechicera. Mi aspecto era tan lamentable como inapropiado, con el añadido de no poder cerrar adecuadamente las piernas.

En el autobús, en el trabajo, todo el mundo me mira. No he tenido valor para entrar en la cafetería. Y van ya para ocho días. Ni siquiera me atrevo a quedar con mi novio. ¿Qué voy a decirle? Antes de ayer me preguntó si ya no le quería. Ayer, si había conocido a otro. Lavo la braga-faja cuando llego a casa y la seco en el radiador para la mañana siguiente, por si tuviese la desgracia de un accidente que me obligara a desnudarme.

Además, cuando camino, la *epilady* me roza, me roza mucho, gimo, tengo sofocos, cada cincuenta metros me tiemblan las piernas y debo apoyarme en alguna pared. Lo peor es que empiezo a sentir síndrome de Estocolmo.



## Cojones intransigentes

Quizá mi caso no sea trágico comparado con los grandes desastres del mundo: voy a trabajar en coche, hago el amor los sábados, como en casa de mi madre los domingos, tengo plaza de garaje y veraneo en Comarruga cada dos años, ¿qué más puedo pedir? Pero una pequeña molestia puede a veces amargar una vida perfecta...

Sufro de cojones intransigentes. También entre ellos. Apenas se hablan ya. Esto, que a priori parece no tener importancia, es muy desagradable para quien lo padece. A mi mujer le tienen harta, cada vez que opina sobre alguna cosa o propone hacer algo que no les cuadra, se hinchan de tal forma que tengo que sujetarlos. Ella termina diciéndome que saque los putos cojones de su vista y yo, aliviado, me voy a otro cuarto. Ojalá hiciesen lo mismo cuando habla mi jefe, entonces se deshacen, blanditos, blanditos.

Ahora les ha dado por estudiar, dicen que infiltrarse en el sistema es la manera de poner orden en este caos de librepensadores maleantes y marginales revolucionarios, que orden somos y en orden nos convertiremos.

Y así estoy cada tarde, con dos libros de Derecho entre las piernas, porque no son capaces de ponerse de acuerdo ni en la asignatura, rivalizando un cojón con otro por ver cuál es más aplicado. Cuando parece que se van a dar de



bofetadas, aparece mi mujer diciendo que a cenar y ellos se agarran al sofá, mirándola con intenciones asesinas.

Tengo ganas de que acaben la carrera para perderlos de vista. Que hagan unas oposiciones, les den una silla cómoda sin demasiada responsabilidad y se dediquen a ver pasar los días por la ventana, porque los conozco bien y aunque se acojonan fuera de los gayumbos, un día, en una carambola del destino, coinciden ocho o nueve pares de cojones intransigentes, se soliviantan y joden el mundo. En grupo pueden ser muy peligrosos.





## Router

Hace tres semanas recibí una llamada comercial de mi compañía de telefonía. Hasta aquí, todo normal. El problema comienza cuando la empleada me ofrece, sin intimidación alguna, un router nuevo y una rebaja de cinco euros por el servicio que disfruto actualmente. Le colgué de inmediato, claro. Unos días después, me hicieron la misma oferta por escrito. La llevé a mi abogado y dijo que estaba en orden, así que acepté. En mala hora. Me enviaron el router (con instrucciones) gratuitamente y cuando abrí el paquete, también incluía un teléfono inalámbrico, porque sí. Llamé indignado a la compañía con todos los gritos e insultos que tengo en repertorio, sin lograr desquiciarlos ni devolver el teléfono. Repetían constantemente que era gratis y para mí. Como si yo fuese un indigente. Les colgué de nuevo, muy enfadado.

Al poco, volvieron a llamarme. Contesté amablemente, esperando me dijese algo así como que todo había sido un error y se me iba a caer el pelo, pero no. Me doblaban la velocidad de conexión por el mismo precio. Humillante. ¡Que la doblen elevando la factura sin avisar, cortándome el servicio de vez en cuando, demostrando que son una empresa seria, competente y no una ONG!

Cuando llamaron ofreciéndome la suscripción gratuita a una web de cine, decidí emprender acciones legales y me dirigí a la comisaría del barrio con la intención de interponer una denuncia por acoso.



El policía de la puerta tuvo la desfachatez de llamarme caballero e invitarme a tomar asiento, mientras sus solícitos compañeros concluían la diligencia que les ocupaba y me atendían a la mayor brevedad. No sé por qué este funcionario pagado con mis impuestos se atreve a burlarse así de un ciudadano en apuros que a una legua se ve enfermo de hipertensión arterial. Me he marchado de allí por temor a sufrir un colapso y probablemente haya salvado la vida cruzándome con un hospital cuando me arrastraba de vuelta a casa.

-Mire, váyase a la mierda con sus tonterías y si está de verdad jodido del corazón, entre tranquilito por urgencias, pero ya le adelanto que su problema es que está muy mal de la cabeza.

-¡Gracias, gracias, gracias!



FIN

jezabelmontenegro@gmail.com

editorialcuatrohojas.com / info@editorialcuatrohojas.com